

Los inmigrantes libaneses y su innovadora aportación al comercio en México*

Patricia Jacobs Barquet

Resumen: Estudio de la historia de la comunidad libanesa en México. El artículo muestra la manera en que algunos inmigrantes libaneses se adaptaron y desarrollaron un espíritu emprendedor, el cual se vio reflejado en su dedicación y constancia al trabajo. La mayoría de los libaneses se volvieron comerciantes o fundaron instituciones para vincularse con el gobierno mexicano, que apoyó a la comunidad libanesa para que se integrara al país. Se trata de un estudio de caso con base en testimonios de libaneses que se conocieron en México. Así, se expone la relevancia que esa comunidad tuvo en el crecimiento de la economía mexicana.

Palabras clave: México, Líbano, libaneses, inmigrantes, negocios, trabajo.

Abstract: Study of the history of the Lebanese community in Mexico. This article reviews the experience of Lebanese immigrants who adapted and thrived, driven by their entrepreneurial spirit, which was reflected in their dedication and steadfast work ethic. Most of the Lebanese engaged in trade and founded institutions tied to the Mexican government, which provided support for the Lebanese community, fostering its integration into the country. The article is a case study based on the testimonies of Lebanese people who met in Mexico. Thus, it shows the importance of the Lebanese community in the growth of the Mexican economy.

Keywords: Mexico, Lebanon, Lebanese immigrants, business, work.

Fecha de recepción: 1 de agosto 2016
Fecha de aprobación: 21 de agosto 2016

Existe en español una interesante relación entre los términos emigración y empresa: *a)* un empresario no tiene que emigrar para tener éxito, pero quien emigra, emprende un viaje, y desplazarse del lugar de origen con la intención

de establecerse en otro sitio ya es en sí una empresa; *b)* lo primero que los verbos *emigrar* y *emprender* tienen en común es que comparten el mismo prefijo, que deriva de la raíz latina *im-*, “en, sobre, hacia”, migrar: “tomar camino”, y emprender: “tomar acción, comenzar a hacer, hacer que sea”; *c)* tanto los emigrantes como quienes inician una empresa tienen características en común, entre otras: el anhelo de una vida mejor, el valor de tomar riesgos, la capacidad de adaptarse a las circunstancias y de superar el miedo a lo desconocido; *d)* quien emprende una tarea —el emigrante, la de viajar— se convierte en

* Agradecemos al doctor Carlos Martínez Assad y a la maestra Delia Salazar por habernos proporcionado el presente artículo, publicado *in memoriam* de Patricia Jacobs Barquet (q.e.p.d.), quien fue directora e investigadora del Archivo de Inmigrantes Notables en México, Siglo XX, además es la autora del *Diccionario enciclopédico de mexicanos de origen libanés y de otros pueblos del Levante* (México, Ediciones del Ermitaño, 2000).

emprendedor y mientras más emprendedor se es, mejor oportunidad de éxito tendrá su empresa. Nadie ha fracasado mientras ha podido empezar de nuevo...

Por ello, considero que hay una estrecha relación entre el emigrante libanés y el ser empresario. Para demostrarlo, en este ensayo usaré como instrumento testimonial la información que recibí naturalmente por ser miembro de una familia de inmigrantes, la cual se complementó con la que estudié posteriormente en diversas fuentes documentales y entrevistas para la elaboración del *Diccionario enciclopédico de mexicanos de origen libanés y de otros pueblos del Levante*,¹ y que pretendo confirmar con algunos documentos personales que pertenecieron a dos libaneses que jamás se conocieron en su país de origen, pero que en México tuvieron una estrecha relación amistosa y comercial durante varias décadas. Con esa base haré una síntesis.

¿Por qué emigraron los libaneses?

Existen muchas razones por las cuales una persona decide, o se ve en la necesidad de emigrar: catástrofes naturales, guerras, persecuciones religiosas o políticas, pobreza, futuro inseguro, incluso amor a la aventura. En el caso del Líbano se distinguen varias etapas migratorias, que se remontan a la Edad Media, provocadas por circunstancias específicas. Cuando las rutas navieras europeas se conectaron con Beirut en 1840, se facilitó la emigración. A partir de 1861 el Monte Líbano obtuvo cierta autonomía con protección internacional, pero en un territorio reducido de tierras no muy fértiles; las hambrunas, el colapso de la industria de la seda libanesa por la competencia asiática y la represión otomana provocaron otra gran emigración. La búsqueda de una libertad intelectual mayor que la del Imperio otomano —a pesar de la presión europea para que Turquía hiciera reformas— y el alto nivel educativo de la población cristiana formó una clase de profesionistas que

fueron bien recibidos en países europeos y en América del Norte, así como en las petromonarquías del golfo Pérsico y el sudeste asiático. La presencia colonial francesa, británica y belga facilitó que los libaneses se establecieran en África. La mayor oleada migratoria de cristianos libaneses hacia Europa y América se produjo en los prolegómenos de la Gran Guerra (1914-1918), cuando aumentaron la hambruna y la mortandad provocadas por el cerco que impuso el Imperio otomano; después, el flujo migratorio continuó solamente en 1923 ingresan dos mil libaneses a México. El último éxodo masivo de libaneses, desde 1976, difiere de las oleadas anteriores, los conflictos ocasionados a raíz de la guerra civil lo produjeron.²

La migración libanesa a México obedeció a factores sociopolíticos y económicos, los cuales afectaron directamente a los libaneses que dejaron su patria, y fue favorecida por una política migratoria mexicana que admitió su ingreso al país a partir de 1878; se cree que los libaneses, palestinos y sirios establecidos en México en 1905, sumaban cinco mil. Y se calcula que hoy día alrededor de 300 000 mexicanos tienen ascendencia libanesa o de otros países levantinos.

La mayoría huía del dominio turco, puesto que, desde 1516 hasta su derrota por los aliados europeos en 1918, la región formaba parte del Imperio otomano, cuyo yugo recrudecía a finales del siglo XIX y obligaba a los jóvenes a incorporarse a su ejército. Durante los cuatro siglos que perduró dicho régimen, que no impuso ni su religión ni su lengua, coexistían en lo que hoy conocemos como Líbano dos grandes corrientes: la cristiana —desde el siglo IV— y la musulmana³

² “León Rodríguez Zahar”, ficha biográfica, en Patricia Jacobs Barquet, *op. cit.*

³ Así se llama a los pueblos y a los individuos que profesan la religión islámica revelada por el profeta Mahoma, por lo que tiempo atrás se les llamaba “mahometanos”. Existen varias ramas en esta confesión. La disputa entre sunitas (los que siguen la Sunna, el ejemplo de Mahoma) y los shiitas (los partidarios de Ali) fue de origen político, relacionada con el sucesor (califa) del profeta Mahoma y, por lo tanto, con la guía (imam) legítima de la comunidad musulmana de creyentes (umma). Mahoma no designó un sucesor, sin embargo, sunitas y shiitas sostienen que, poco antes de su muerte,

¹ Patricia Jacobs Barquet, *op. cit.*

—desde el siglo VII—; los judíos⁴ y los drusos⁵ conformaban minorías. Emigraron cristianos y judíos porque en aquella región se favorecía a la comunidad musulmana, a pesar de ser entonces minoritaria; el yugo turco cesó al concluir la Primera Guerra Mundial, cuando Líbano pasó a ser un protectorado francés, hasta su independencia el 22 de noviembre de 1943. La mayoría de los inmigrantes que vinieron de Medio Oriente eran libaneses; el resto lo conformaron palestinos, sirios, iraquíes y muy pocos egipcios y jordanos.⁶ La mayoría eran cristianos: maronitas⁷ y orto-

se pronunció de manera inusual y elogiosa respecto de su primo y yerno, Ali, en el llamado Eid al-Ghadir (Día de Ghadir), lo cual se interpretó por parte de los shiitas como indicación implícita de su nominación como califa. A la muerte del profeta, se formaron tres partidos o clanes que dividieron a los musulmanes. En la actualidad la población en Líbano es mayoritariamente musulmana.

⁴ El judaísmo es la primera confesión monoteísta en el mundo. En México se les llama judíos árabes a aquellos judíos, no hebreos, cuya lengua materna era el árabe.

⁵ Los drusos son considerados una rama herética del shiismo ismaelita o septimano. La secta surgió en el siglo XI, en Egipto, y fue fundada por el califa Al Hakim de la dinastía fatimí, la cual pertenecía originalmente al shiismo ismaelita. Coincide con el islam al ser monoteísta; no puede predicarse el drusismo, no es proselitista y no se admiten nuevos conversos, de ahí que la doctrina se transmita por vía familiar y que la comunidad se haya mantenido en números históricos muy reducidos.

⁶ Archivo General de la Nación (en adelante, AGN), Fondo Secretaría de Gobernación, Registro Nacional de Extranjeros. Véanse, Zidane Zeraoui, “Los árabes en México: el perfil de la migración”, en María Elena Ota (coord.), *Destino México. Un estudio de las migraciones asiáticas a México, siglos XIX y XX*, México, El Colegio de México, 1997, pp. 257-303; Stella María González Cícero y Jorge Nacif Mina (coords.), *Libaneses en México*, México, Archivo General de la Nación/Fideicomiso para la Preservación de la Memoria de México/Instituto Cultural Mexicano Libanés, 2001 (disco compacto).

⁷ Matti Mossa, *The Maronites in History*, Nueva York, Syracuse University Press, 1986; Pierre Dib, *Histoire de l'Eglise maronite*, Beirut, La Sagesse, 1962. Una de las 72 iglesias católicas autónomas pertenece a la familia de Antioquía, lugar donde Pedro predicó la fe. Su origen procede del siglo V, cuando un grupo monástico formado en la escuela ascética de san Marón, se distinguió por su defensa del dogma católico de las Dos Naturalezas de Cristo. En el siglo VII, debido a las persecuciones, los maronitas se refugiaron en las montañas de Líbano y allí fijaron su hogar, siempre unidos a la sede romana. La Iglesia maronita tiene alrededor de diez millones de fieles en los cinco continentes. Su mística está inspirada en la Biblia, profesa la

doxos;⁸ a México vinieron pocos judíos y drusos; salieron también musulmanes, principalmente sunitas y shiitas, pero muy pocos de ellos se establecieron en este país. La mayoría eran hombres jóvenes, a veces niños o adolescentes. En México los unió la lengua árabe, común a todos, además de sus valores culturales y tradiciones gastronómicas; los maronitas se sintieron cómodos con la religión católica.

Los emigrantes libaneses que eran descendientes de culturas milenarias⁹ salieron con el objetivo de encontrar una vida mejor, algunos, para ampliar sus horizontes o buscando libertades. Dejaron sus pequeñas comunidades para dirigirse al puerto de Beirut y embarcarse hacia algún destino europeo, intermedio, donde abordarían otro navío; luego de un largo y difícil viaje, llegaron a un país en desarrollo, con una extensión geográfica apenas poblada y un territorio histórico y étnicamente rico. De ser emigrantes pasaron a convertirse en inmigrantes, y sus descendientes completaron el proceso de adaptación, sin olvidar sus valores y algunas de sus costumbres. La emigración levantina a México, iniciada a finales del siglo XIX, y a principios del siglo XX

fe de Pedro y reconoce la autoridad suprema del papa, aunque tiene su propia liturgia, que se celebra en arameo, el idioma de Jesucristo, y su autonomía de gobierno.

⁸ Ortodoxos: una de las cuatro grandes iglesias cristianas en el Medio Oriente. Desde la caída del Imperio romano de Occidente se aceptó la preeminencia religiosa de la sede papal de Roma sobre la cristiandad, siempre y cuando el emperador de Constantinopla fuera reconocido como cabeza civil-militar de la misma. El acuerdo se mantuvo hasta que el papa de Roma reconoció, en el año 800, a un emperador de Occidente, Carlomagno y sus sucesores en Francia, Alemania y Austria. A partir de ello, en un nivel religioso-ideológico, la Iglesia de Roma y la de Constantinopla se fueron separando gradualmente. La primera se orientó hacia su cultura “latina”, y la segunda, hacia su herencia “helénica”, lo cual se reflejaría en el pensamiento y en la liturgia. La ortodoxia mantuvo cuatro sedes principales en Oriente: Constantinopla, Antioquía, Jerusalén y Alejandría.

⁹ Carlos Martínez Assad, *En el verano la tierra*, México, Planeta, 1994; del mismo autor, “Líbano: el país de la montaña perfumada”, en *Revista de la Universidad de México*, vol. 52, núm. 562, noviembre de 1997, pp. 46-52; William Nimeh, *Historia del Líbano*, México, Mena, 1945; Alfonso Negib Aued, *Historia del Líbano*, México, Ediciones Emir, 1945.

también fue favorecida por la política migratoria mexicana, que los admitió en el país.¹⁰

No obstante que, el 8 de julio de 1927, la Secretaría de Gobernación expidió un acuerdo limitativo que restringía la inmigración libanesa y la de varios otros pueblos,¹¹ las políticas de apertura que al principio mantuvieron Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles lograron atraer a un porcentaje de la corriente emigratoria europea del periodo de entreguerras. Tal fue el caso que, entre 1921 y 1930, la población extranjera del país aumentó de 100 000 a 160 000 personas, con lo que alcanzó la proporción más alta registrada (0.97%) con relación a la población nacional durante el siglo XX.¹²

En respuesta al aumento del flujo migratorio, el 9 de agosto de 1927, la comunidad libanesa,

¹⁰ Moisés González Navarro, *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero, 1821-1970*, México, El Colegio de México, 1993-1994, 3 vols. Hacia finales del siglo XIX el diagnóstico de que el nuestro era un país despoblado, cuyos habitantes no eran suficientes, ni en cantidad ni en calidad, para explotar lo que se pensaba que eran los inacabables recursos del país, condujo a que el régimen porfirista realizara reiteradas invitaciones a la inmigración extranjera, expresando una xenofilia, que disimulaba mal el deseo de “blanquear” a la sociedad por medio de la inmigración blanca y europea. Del mismo autor, *Población y sociedad en México (1900-1970)*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM, 1974, 2 vols.

¹¹ Durante el gobierno de Calles se promulgó la nueva Ley de Migración, en 1926, la cual intentaba paliar las principales deficiencias de la ley de migración porfirista, a saber, que esta última se había convertido en un grave obstáculo para encauzar de manera satisfactoria la inmigración extranjera, al permitir la entrada constante de individuos que no sólo eran considerados indeseables, “sino abiertamente nocivos y peligrosos para nuestro pueblo y para nuestra patria”. Por ello, la ley otorgaba a la Secretaría de Gobernación la posibilidad de impedir temporalmente la entrada de inmigrantes trabajadores. Durante ese periodo se emitieron ciertas prohibiciones públicas. El primer documento oficial del gobierno mexicano que restringió la inmigración de ciertos trabajadores al país fue un acuerdo publicado en el *Diario Oficial de la Federación* el 15 de julio de 1927. El mismo, prácticamente prohibía la inmigración de trabajadores de origen sirio, libanés, armenio, palestino, árabe y turco, en función de consideraciones económicas.

¹² Carlos Martínez Assad (coord.), “Prólogo”, en *La ciudad cosmopolita de los inmigrantes*, México, Gobierno del Distrito Federal/Secretaría de Desarrollo Rural y Equidad para las Comunidades/Fideicomiso del Centro Histórico de la Ciudad de México, 2010.

representada por el Partido Nacionalista Libanés, desde la Cámara de Comercio Mexicana Libanesa, presidida entonces (y hasta su desintegración en los años cuarenta) por Julián Slim Haddad, presentó exitosamente ante la Secretaría de Gobernación un *Memorial*¹³ en defensa de los derechos de los inmigrantes libaneses residentes en México, que describía sus actividades y sus intereses. A lo largo del presente se reproducen varios fragmentos del mismo.

Registro oficial

Se cree que en 1878 llegaron los primeros inmigrantes libaneses a México, y mucho se ha dicho sobre quién habrá sido el primero de ellos que pisó tierra mexicana; los escritos debaten acerca de a quién correspondió ese honor. Sin duda, varios nativos de la región del Levante pudieron haber llegado a México en diferentes épocas, pero el registro oficial más antiguo localizado en el Archivo General de la Nación (AGN), corresponde a Pedro Dib, nacido en Hasroun en 1867, quien llegó al puerto de Veracruz el 1 de enero de 1882. Por supuesto, muchos pudieron haber llegado e instalarse sin realizar algún procedimiento legal, por ello el gobierno mexicano se propuso regularizar su presencia en el país y establecer un Registro de Extranjeros por el Ministerio de Gobernación, a partir de 1929, cuando el licenciado Emilio Portes Gil era presidente de México. Esa tarea concluyó en 1938, durante el gobierno de Lázaro Cárdenas.¹⁴

De los 160 000 registros que se realizaron, 5 527 correspondieron a los inmigrantes levantinos, se sabe que muchos entraron a México en las últimas décadas del siglo XIX y en las prime-

¹³ El *Memorial* era un documento presentado por el Partido Nacionalista Libanés a la Honorable Secretaría de Gobernación, en defensa de lo que a todos los libaneses corresponde, con motivo del acuerdo limitativo, que la misma Secretaría expidió el 8 de julio de 1927.

¹⁴ Carlos Martínez Assad, “Judíos y árabes en México: ¿cómo se relacionan con el Medio Oriente?”, ponencia presentada en la Universidad Iberoamericana, octubre de 2010.

ras del siglo XX, aunque continuaron llegando más tarde pese al establecimiento de cuotas de parte del gobierno, que frenó el enorme flujo de inmigrantes. Salvo el registro oficial, no existe otro instrumento cuantitativo o acción semejante que nos aproxime a la población original de libaneses en México. Sin embargo, contiene sesgos fuertes: el primero se refiere a las ausencias, porque es fácil identificar —todavía ahora— entre las familias que alguno de sus integrantes no asistió al registro. El segundo es que, por obvias razones, los familiares no registraron a los que ya habían muerto; varios inmigrantes se enfrentaron con enfermedades desconocidas y, en términos de edad, muchos habían sobrepasado los cincuenta años.¹⁵

Entre los datos sobresalientes, destaca que 4 469 de los registrados procedían de algún lugar del territorio libanés, apenas 49 vinieron de Siria y, para entonces, 877 ya habían nacido en México. Aunque se mencionan otros muchos poblados, llegaron principalmente de Monte Líbano, pues 563 registraron allí su residencia, y 535 vinieron de Beirut; de Asnun vinieron 505 personas, de Zellevel 211, de Zgharta 113 y 63 eran de Jezzine.¹⁶

La mayoría, 3 590 personas, entró a México por el puerto de Veracruz, apenas 225 llegaron por Progreso, Yucatán, y 214 lo hicieron por Tampico, Tamaulipas.¹⁷ Fue una inmigración exitosa porque de inmediato pudieron distribuirse por todo el país y prácticamente no quedó una sola de sus entidades federativas sin algún libanés que, como dijimos antes, primero fueron identificados como “turcos” y, ya en la época del mandato francés, como “sirio-libaneses”. Muchas familias permanecieron viviendo en los estados de su llegada, en particular en Veracruz y Yucatán, pero pronto se fueron acercando a la capital de la república, la cual siempre ha tenido un gran poder de atracción; ya a finales de

los años treinta del siglo XX vivían 1 829 libaneses en la Ciudad de México.¹⁸

Por cierto, desde que el territorio libanés adquirió el carácter de protectorado de Francia, los asuntos legales de los libaneses en México se llevaban a cabo en el Consulado de Francia. Un buen ejemplo de ello se dio en 1937, cuando se estableció la Comisión Mixta de Repartición, a través de la cual los inmigrantes en general presentaron sus reclamaciones, con el fin de recuperar las pérdidas durante la Revolución mexicana; la Embajada de Francia en México, representada por el señor Lionel Vasse, secretario de la Legación de Francia, fue la encargada de defender los derechos tanto de los libaneses como de los sirios en México.

Luego de viajar por todo el país durante casi ocho años con la misión de entrevistar a sus connacionales, en 1948 Salim Abud y Julián Nasr, ambos libaneses, publicaron el *Directorio libanés: censo general de las colonias libanesa, palestina y siria*, en donde incluyeron diversos informes sobre las familias iraquíes, egipcias, palestinas y jordanas, residentes en México.¹⁹

Para esas fechas, cuando en la República mexicana la población era de aproximadamente 20 000 000 de habitantes, la población de origen levantino (inmigrantes y sus descendientes nacidos en México) ascendía a un poco más de 20 000 personas.

Las 4 773 familias censadas se distribuían en casi 300 ciudades de 28 estados y un territorio —Quintana Roo—, además del Distrito Federal. Por ejemplo: en Veracruz distintas familias radicaban en 47 ciudades, y en Yucatán en 28. De ellas, 4 064 eran libanesas o de tal ascendencia, 366 palestinas, 282 sirias, 51 iraquíes, cinco egipcias y otras cinco eran jordanas. En cuanto a la actividad u ocupación principal de los jefes de familia: 3 936 se dedicaban al comercio o a la pequeña industria (mercerías, textiles, hoteles y alimentos) y 837 eran profesionistas (médicos,

¹⁵ *Idem.*

¹⁶ *Idem*; Zidane Zeraoui, *op. cit.*

¹⁷ Martha Díaz de Kuri y Lourdes Macluf, *De Líbano a México. Crónica de un pueblo emigrante*, México, Gráfica, Creatividad y Diseño, 1997.

¹⁸ Carlos Martínez Assad, “Judíos y árabes...”, *op. cit.*

¹⁹ Julia Nasr y Salim Abud, *Directorio libanés: censo general de las colonias libanesa, palestina y siria residentes en la República mexicana*, México, edición autoral, 1948.

ingenieros, agricultores, periodistas, religiosos o se dedicaban a la docencia).²⁰

Factores condicionantes: obstáculos y beneficios

A pesar de su total desconocimiento del idioma y las costumbres, la falta de experiencia y, en la mayoría de los casos, con pocos recursos financieros, los libaneses encontraron la manera de adaptarse y crecer: conocían el oficio del comercio, con seguridad, herencia de los mercaderes fenicios.²¹ Muchos pensaban que, a mayor esfuerzo, mayor rendimiento. Ellos se beneficiaron por las condicionantes nacionales, por ejemplo, por la inestabilidad de la moneda mexicana, que experimentó varias devaluaciones durante los años de la Revolución, lo que a su vez permitió que los bienes y objetos se convirtieran en un capital que incrementaba su valor; los comerciantes veían y aprovechaban que las mercancías aumentaban de precio, dando lugar a que crecieran sus utilidades, que reinvertían, y así sucesivamente.

Como algunos estudiosos han apuntado, el éxito de la inmigración libanesa a México se debió, entre otras razones, a sus actividades comerciales, que los movieron a recorrer todo el territorio del país. También es necesario mencionar que, junto a la economía, había otro hecho cultural más profundo que alentó la buena disposición de los mexicanos para con los libaneses: la religión cristiana. Pronto los inmigrantes encontraron en algunos templos de México la posibilidad de practicar los ritos cristianos de Oriente. En 1906, el padre Hanna B. Kuri oficiaba el rito maronita en las diferentes ceremonias en la iglesia de La Candelaria, en el centro de la Ciudad de México.²²

Los mexicanos, desde luego, vieron con simpatía a los inmigrantes, con quienes podían compar-

tir un valor cultural intrínseco a su forma de ser, el religioso; por eso nadie se opuso a los matrimonios mixtos, que pronto comenzaron a realizarse. Pero, al mismo tiempo —y para enfrentar juntos los problemas de la inmigración—, los libaneses se agruparon en comunidad en los diferentes lugares de su residencia.²³ Cubrieron puntualmente sus créditos, supieron ahorrar y reinvertir sus ganancias. Introdujeron el sistema de ventas a crédito y, como “aboneros”, fueron muy bien recibidos. En su lucha por sobrevivir, probablemente único factor en el que se concentraron al principio, exploraron mercados casi vírgenes en poblaciones prácticamente incomunicadas (a las que entonces no llegaba el tren) introduciendo mercancía necesaria y atractiva. Como aboneros, precursores en la venta a crédito, ofrecieron facilidades de pago, cosa que les redituó en ser bienvenidos en muchos lugares. Al aventurarse en pequeñas poblaciones, no compitieron con el mercado establecido, por lo que no se granjearon enemistades. Facilitaron la integración de áreas marginadas y favorecieron el mercado interno. Su austeridad y lucha constante hizo que, de ser aboneros, buhoneros o varilleros, primero en los puertos de entrada y luego a través de sus viajes a pie, en mula o en tren por las aldeas, poblados y ciudades de casi todo el país, se establecieron como pequeños empresarios, tuvieron puestos en los mercados y posteriormente, en negocios propios.²⁴ Los inmigrantes aprendieron a vivir en la trastienda (lo que constituyó una forma de ahorro) antes de contar con capital para rentar o comprar su propia casa.

¿Por qué el comercio?

Aunque los primeros inmigrantes libaneses llegaron a México desprovistos de capital o con recursos limitados, traían con ellos una tradición comercial, herencia de sus antepasados fenicios, precursores de las rutas de navegación y del comercio, quienes arribaban a los puertos para

²⁰ *Idem.*

²¹ Martha Díaz de Kuri y Lourdes Macluf, *op. cit.*, p. 38.

²² Carlos Martínez Assad, “Los libaneses maronitas en México y sus lazos de identidad”, en Lorenzo Agar *et al.*, *Contribuciones árabes a las identidades iberoamericanas*, Madrid, Casa Árabe/IEAM, 2009, p. 101.

²³ *Idem.*

²⁴ Norma Barquet Landy, ficha “Comercio”, en Patricia Jacobs Barquet, *op. cit.*



Figura 1. El puesto callejero de Laoun Assad. Colección particular.

intercambiar o vender las resinas y maderas preciosas de sus cedros. Por otro lado: ¿qué otra cosa puede hacer quien no conoce la lengua local y, por ello, aun siendo profesionalista, no puede ofrecer sus servicios? ¿En qué se puede ocupar quien, a pesar de haber sido campesino, no tiene tierras? ¿Qué más puede hacer quien no fue contratado para desempeñar una labor específica?²⁵

Los inmigrantes, en buena medida fortalecidos por la decisión de emigrar, estaban provistos del impulso para lograr la sobrevivencia y poseían un caudal de energía para el trabajo, la capacidad para adaptarse a un medio ajeno y aprender un nuevo idioma, la paciencia y tenacidad para ahorrar y lograr sus metas, la dignidad para superar la curiosidad, la desconfianza y el desprecio de los que muchos fueron objeto.²⁶ Teniendo en cuenta estas bases, lograron no sólo la supervivencia, sino una estabilidad económica, el respeto, el progreso y, en muchos casos, el triunfo. Instalados de modo definitivo, poco a poco se asimilaron y confundieron con el pueblo mexicano.

²⁵ Véanse las fichas biográficas de gran parte de los libaneses destacados en México, en Patricia Jacobs Barquet, *op. cit.*

²⁶ *Idem.*

Como se ha visto, a pesar de su gran necesidad y deseos de trabajar, no tuvieron una situación propicia para ejercer cualquier actividad, debido al desconocimiento de la lengua, así que optaron por dedicarse al comercio, que hubo de ser ambulante al principio, pues establecerse requería de un capital con el que no todos contaban. Sin embargo, mantuvieron su confianza como inversionistas en México, en donde ahorraron y reinvirtieron sus ganancias a pesar de las dificultades sufridas por la Revolución y de los sustos provocados por los sismos de 1909, 1911 y 1912, pues la inestabilidad sísmica de la región fue algo con lo que tuvieron que familiarizarse. Al llegar al país, el comercio a gran escala, que más tarde ocuparía edificios importantes, era pequeño. El comercio menor existía bajo la forma ambulante,²⁷ con capital corto y baratijas; pero a medida que el tiempo corrió, por atavismos culturales, por espíritu de empresa y por economía racional, los negocios de iniciación se

²⁷ Se entiende que en ese tiempo el término “ambulante” no se consideraba una “subocupación”, como en la actualidad ni era estigmático, ya que la mercancía procedía de negocios establecidos.

tornaron en algo más fructífero y con ello vino la bonanza y el bienestar para los inmigrantes libaneses, con lo que se desarrollaron los grandes establecimientos de un modo notable.²⁸

Precusores de las ventas a crédito: aboneros

Se les llamaba aboneros porque vendían en abonos, actividad pionera, innovadora, muy poco —o casi no— practicada entonces, salvo por los judíos. Implementaron el sistema de ventas a crédito. Los que llegaron primero apoyaron a quienes vinieron después, ofreciéndoles créditos para que, a su vez, se iniciaran como aboneros. Al prosperar en el comercio, un gran número de ellos se aventuraron en la industria.

Conseguían que se les fiara la mercancía, la vendían, muchas veces en abonos, y con lo que recibían pagaban a sus acreedores, invertían en más mercancía, cubrían sus modestos gastos, y ahorraban poco a poco hasta tener un capital suficiente con el cual podrían alquilar un local en algún mercado. Su mercancía consistía en objetos de bisutería, artículos para el cabello, hilos y enseres de mercería, imágenes religiosas, telas, ropa confeccionada, incluso zapatos y relojes. Todo esto lo ponían en cajas, cajones o maletas y emprendían su recorrido por las calles de las ciudades, a las que se desplazaban en ferrocarril y de ahí, se internaban en los poblados a pie, en vehículos destartados o a lomo de mula; visitaban las rancharías, los caseríos, los asentamientos más escondidos, las aldeas en las serranías, caminando por veredas angostas y pasos peligrosos; pero, al final, comercio útil. El ir y venir llevando mercancía y recogiendo el dinero de los abonos los ayudó para conocer las necesidades de sus clientes y poder seleccionar los artículos que más les redituaban. Para comunicarse con los indígenas, que formaban una importante parte de su clientela, aprendieron lenguas vernáculos y, con el tiempo y no sin cierta dificultad, dominaron el espa-

ñol, aunque sin perder nunca su peculiar acento. Algunos buhoneros conseguían un cargador que los ayudaba en los recorridos, pero en la mayoría de los casos, ellos mismos eran los cargadores, proveedores, y administradores de la mercancía, llevando la contabilidad en una libretita, marcando cómo podían gestionar la deuda y el abono y recorriendo con regularidad sus itinerarios. Y es así como llenaron el hueco que había entre los pueblos marginados y el comercio interior.

Durante la Revolución, los aboneros llegaban hasta donde se encontraban las tropas, librando los obstáculos y peligros a los que se enfrentaban, vendiendo su mercancía a los militares, quienes también llegaron a formar parte considerable de su clientela.

Los primeros comerciantes

La actividad del comerciante estimula la economía de una nación y la labor de los inmigrantes libaneses da testimonio de ello. En 1882, de acuerdo con el registro del AGN, desembarcó quien pudo haber sido el primer “comerciante”; se trata de José María Abad, originario de Hadath el Jebbeh, quien arribó con mercancía para vender,²⁹ la cual consistía en pequeños objetos religiosos. Él mismo contaba que la gente, al saber que tanto él como su mercancía venían de tierras santas, lo acogían con cordialidad y con veneración; había pasado un tiempo en Barcelona, España, donde tomó un barco que lo trajo a Veracruz. En ese mismo año también llegó Santiago Sauma, originario de Hasroun, en el norte de Líbano, quien igualmente se dedicó al comercio y recorrió varios lugares de la República mexicana hasta establecerse en Mérida, Yucatán; años después lo siguieron sus tres hermanos.³⁰

Ya fuera atraídos por las noticias de que esos emigrantes habían llegado a tierras hermosas

²⁸ Patricia Jacobs Barquet, *op. cit.*

²⁹ Stella María González Cícero y Jorge Nacif Mina (coords.), *op. cit.*

³⁰ *Idem.*

en donde había oportunidades de trabajo y donde habían sido tan bien acogidos, o quizás angustiados por la situación crítica en su país, muchos libaneses tomaron la decisión de emigrar y arribaron a México a seguir los pasos de los pioneros. En cuanto llegaban empezaban su actividad comercial, por lo que los buhoneros abundaban en los puertos de entrada: Veracruz, Progreso y Tampico. No a todos los atraían las ciudades, por lo que se iniciaban como vendedores recorriendo pueblos, y así fueron distribuyéndose en otras regiones. Se instalaron en los estados de Yucatán, Veracruz, Campeche, Coahuila, Durango, Guerrero, Chiapas, Tabasco, Nuevo León y Puebla, en ciudades y en pueblos marginados, algunos de los cuales se convertirían después en centros industriales donde se crearon importantes fuentes de trabajo. Algunos se asentaron cerca de la frontera norte para poder introducir su mercancía con mayor facilidad.

A finales del siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX, el comercio de los libaneses se extendió en la Ciudad de México y en otros estados de la república, estableciendo sus almacenes en los mercados de La Merced, El Volador y La Lagunilla, en las calles céntricas, como Capuchinas (hoy Venustiano Carranza), Correo Mayor, Honduras, Uruguay y Porta Coeli (Pino Suárez, en la actualidad).³¹

Son dignos de recordar los primeros inmigrantes que establecieron sus comercios, pequeñas o medianas empresas, y aunque la mayoría (tanto de los comercios como de sus fundadores) ya no existen, los mencionamos por su esfuerzo y desempeño y por la nomenclatura de sus negocios, a veces nostálgicos y evocadores de tierras lejanas, otros, por sus nombres sugestivos y otros más por sus apellidos, que dieron nombre a sus tiendas; pero sobre todo, por la huella que dejaron como un ejemplo a seguir por sus descendientes.

Algunos inmigrantes no tuvieron necesidad de practicar el comercio ambulante ya que llegaron con suficiente capital para establecerse,

como fue el caso de Nacib Bey Kuri, quien fundó La Mariposa, en el Mercado del Volador, y Alejandro Gabriel, propietario de las Fábricas Nacionales en el Mercado de Correo Mayor; o como los hermanos Slim, procedentes de Jezzine, en el sur de Líbano, que antes de establecerse en la Ciudad de México estuvieron en Tampico, Tamaulipas, desde 1896. Al grupo se suman José Marcos, de Palestina, quien se estableció en Nuevo León; Jacobo Touché, asentado en Chihuahua; Pablo Chaul, a quien se considera entre los fundadores de las ciudades de Torreón y Gómez Palacio, y el primer inmigrante libanés que estableció una casa comercial en Ciudad Lerdo, Durango.³²

Entre los comercios más antiguos están las mercerías La Estrella de Oriente, fundada en 1904 por José y Julián Slim y La Mariposa de Oriente, de su hermano Pedro, ambas en la calle de Capuchinas, en donde hoy día se encuentra la Suprema Corte de Justicia de la Nación.

Una de primeras mercerías y boneterías de inmigrantes libaneses que se establecieron en la Ciudad de México fue la Casa Mansour Bey Landy, nombre y propiedad de mi bisabuelo materno, viajero incansable, quien al igual que el señor José Abed, regresó a Líbano luego de vivir varios años en México. Don Pepe Abed llamó “Acapulco Beach” a su negocio en una playa de Beirut y mi bisabuelo llenó su casa en Hasroun de recuerdos mexicanos, como trajes de charro, de los que entonces llevaban botonería de plata.

No todas las tiendas eran mercerías ni vendían lo mismo; por ejemplo, entre las más antiguas se encuentran las de Julián Schekaibán, La Corona, en lo que hoy día es la avenida Venustiano Carranza y La Flor de Líbano, ubicada sobre la calle de Jesús María, que se especializaban en artículos religiosos propios para bautizos, primeras comuniones y bodas. Otro ejemplo de comerciantes que no se dedicaron a la bonetería o mercería es Elías Henaine, quien había sido transportista en Puebla antes de mudarse a la capital, en donde estableció varios expendios de lotería que se hicieron famosos y le valieron el sobrenombre de “el

³¹ Martha Díaz de Kuri y Lourdes Macluf, *op. cit.*; Patricia Jacobs Barquet, *op. cit.*

³² Julia Nasr y Salim Abud, *op. cit.*

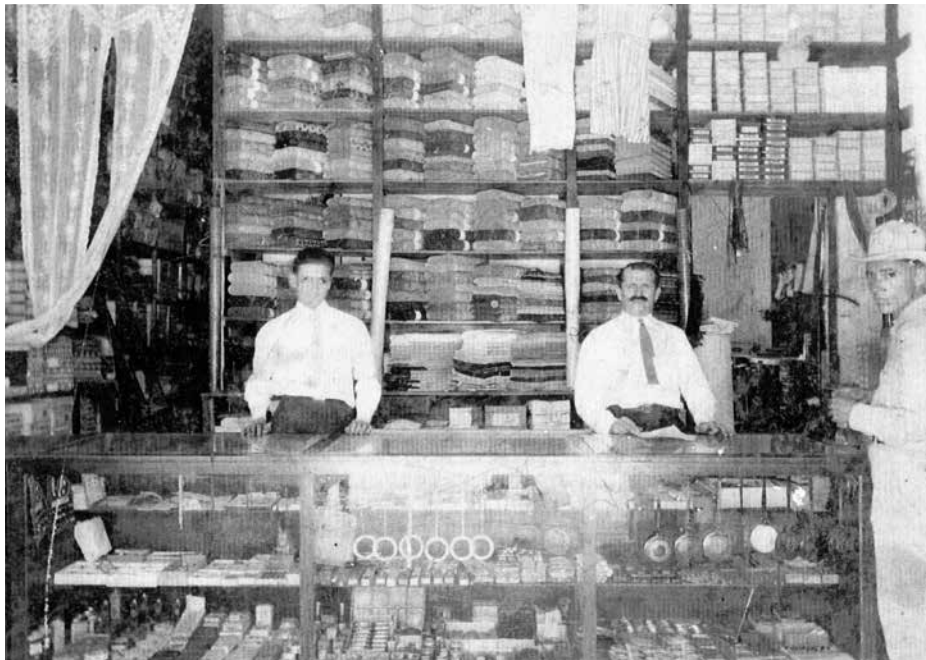


Figura 2. El Cajón de Sleiman Assad. Colección particular.

magos de la lotería”. Todos esos negocios se asentaron en lo que hoy conocemos como el Centro Histórico de la Ciudad de México.³³

Precursores de plazas comerciales

Para inicios del siglo XX, los recién llegados arribaban con recomendaciones para relacionarse con parientes o amigos suyos, quienes los acercaban a los negocios; aquéllos contaban ya con el crédito de los pioneros y con una clientela fija, por su parte, los comerciantes establecidos agrandaban sus tiendas.

Más tarde se establecieron también en los pasajes comerciales Yucatán, Balvanera y Pedro Slim, que serían los precursores de las grandes galerías y plazas comerciales de la actualidad. Por ejemplo, Pedro Slim fundó el pasaje que lleva su nombre en la primera década del siglo XX;

en el presente todavía funciona como tal, se ingresa por la calle Corregidora, y tiene su salida en la calle Venustiano Carranza. La mayoría de los actuales locatarios se dedican a la venta de materiales para fiestas.

El comerciante libanés se instaló en la república a la par y en las mismas condiciones que los otros comercios respetables de otras nacionalidades; en un todo se ajustó a las reglas mercantiles y a las formalidades legales, por lo que fue útil y favorable a la industria nacional por el consumo que hizo constantemente de productos mexicanos y muy especialmente por el método que para sus ventas implantó y que, por su desarrollo forzosamente tuvo que producir mayores ingresos al fisco.³⁴

³³ Carlos Martínez Assad (coord.), *La ciudad cosmopolita...*, *op. cit.*

³⁴ Archivo privado. Fragmento incluido en el *Memorial* del 9 de agosto de 1927; *op. cit.*



Figura 3. Grupo de libaneses en México, entre 1910 y 1920. Colección particular.

Como minoristas, los comerciantes fomentaron la demanda de artículos domésticos y para la confección, como géneros (telas o tejidos), tijeras, hilos, tira bordada y encaje, por mencionar algunos productos. Como mayoristas, los de la capital surtían a las tiendas en provincia y a los buhoneros de su localidad.

No todos sus negocios eran tiendas

No todos los negocios de los inmigrantes eran tiendas; la gastronomía libanesa, factor indispensable para la comunidad inmigrante —y que además ha tenido un papel primordial en la difusión de su cultura—, se desarrolló desde su llegada. Entre los primeros negocios se establecieron las panaderías: La Casa Cado, fundada por José Cado y su esposa María Namnum, originarios de Zgharta, Líbano, fue la primera panadería libanesa en México, ubicada en la calle

Las Cruces, y se ha mantenido como empresa familiar; otra de las más antiguas fue La Cruz Blanca, de Farjalla Zgaib, localizada en un edificio de su propiedad en las calles Mesones y Correo Mayor, en donde vivió casi desde que llegó al país. Muchos de los platillos e ingredientes libaneses, además del pan, se han integrado a la gastronomía mexicana, como el *labneh*, cuya preparación se adaptó y derivó en el jocoque, o el “kipe o kibi maya”, en el sureste del país, derivados del *kibbeh*; sucede lo mismo con los postres, el pan (que se venden ya en los supermercados) y el popular café libanés, al que muchos todavía llaman “turco”. Por ejemplo, a finales de los años veinte, Julián Slim estableció el hotel San Julián, en el número 7 de Corregidora, esquina con Correo Mayor; le rentó un espacio en el *lobby* del edificio a Fouad y Adela Frangie, quienes, con unas cuantas mesitas, fundaron allí el primer restaurante de comida libanesa que se estableció en la Ciudad de México; pasaron luego a otras

locaciones y, aún hoy, con varias sucursales, son atendidos por sus descendientes, tanto en el Centro Histórico como en las colonias Florida y Polanco; lo llamaron Ehden, en recuerdo del lugar de veraneo de la población de Zgharta, Líbano, su lugar de origen.³⁵

Instituciones vinculadas al comercio

Al poco tiempo de su llegada, los inmigrantes libaneses, además de publicar revistas y periódicos bilingües, fundaron también asociaciones benéficas y clubes sociales comunitarios en varias ciudades. Por ejemplo, desde 1913 en la Ciudad de México, un grupo de señoras organizaban reuniones informales para auxiliar a los paisanos que atravesaran por situaciones difíciles; recibían donativos de quienes podían darlos y compraban alimentos, ropa o medicinas para que los inmigrantes libaneses, sin importar su credo político o religioso, no fueran una carga para la sociedad mexicana. Así se creó la Unión de Damas Libanesas.³⁶ Entre las fundadoras estaban las señoras: María Slim de Haddad, hermana de Julián Slim H., y Wadiha A. de Helú, quien años después sería su suegra; mi tía abuela Basma Landy y Wahibe Landy de Barquet, mi abuela, entre otras, que se reunían en el hotel San Julián. A partir de 1939 se le nombró Unión Asistencial de Damas Libanesas; cabe añadir que dicha asociación continúa la labor que iniciaron sus fundadoras.³⁷

Entre otras instituciones, destacó la Cámara Mexicana Libanesa de Comercio, fundada por Nequib Chami a principios de los años veinte, que fue una de las más representativas y activas cámaras de comercio del país. Cuando Julián Slim la presidió, organizaba reuniones y asambleas en

el hotel San Julián; además, durante su gestión, elaboró un censo de todos los empresarios libaneses establecidos en la república. Por otro lado, cuando la política migratoria mexicana dejó de ser favorable para muchos extranjeros y restringió la inmigración libanesa, Slim presentó ante el gobierno mexicano un extenso y bien argumentado *Memorial* que acreditaba la residencia en México de los inmigrantes libaneses y describía sus actividades y características en defensa de sus derechos;³⁸ gracias a dicho documento hubo para estos inmigrantes una resolución favorable; dice, por ejemplo: “El libanés se caracteriza por su actividad en el trabajo, por su economía, por su sencillez, por la facilidad y prontitud con que aprende el idioma del país al que llega y en donde vive pacíficamente, en especial en aquellos que, como México, conservan un depósito sagrado de independencia personal y de amor a la patria”.³⁹ También se destacó que fueron precursores de las tiendas de descuento, bajo el lema “vender mucho y con poca ganancia en las ventas”:

El comercio libanés que casi en su totalidad empleó personal mexicano, implantó en la república un sistema provechoso al descansar sus actividades y su finalidad en una pequeña ganancia en las ventas, y proporcionar al cliente, con el que siempre trató directamente, artículos finos y baratos, con facilidades de pago, sin adulterar sus artículos ni recargarlos con precios exagerados. El libanés por su amor al trabajo, su incansable actividad y por su energía pudo establecer sus empresas llevando sus métodos comerciales que descansan en este aforismo que es regla invariable de conducta:

Vender mucho a base de honradez y de legalidad, con muy corta utilidad facilitando los medios de pago.

En corto tiempo muchos libaneses adoptaron la nacionalidad mexicana formando hogares netamente mexicanos, educando

³⁵ Patricia Jacobs Barquet, *op. cit.*

³⁶ *Idem*; Martha Díaz de Kuri y Lourdes Macluf, *op. cit.*

³⁷ Gran parte de los documentos que se consultaron para la realización de este apartado corresponden a los archivos particulares de las familias libanesas fundadoras de La Mariposa de Oriente. La autora de este trabajo accedió a dichos documentos por sus vínculos familiares. En adelante, todas las referencias relacionadas con dichos archivos se señalarán como “Archivo privado”.

³⁸ Archivo privado.

³⁹ Archivo privado. Fragmento del *Memorial* del 9 de agosto de 1927; *op. cit.*

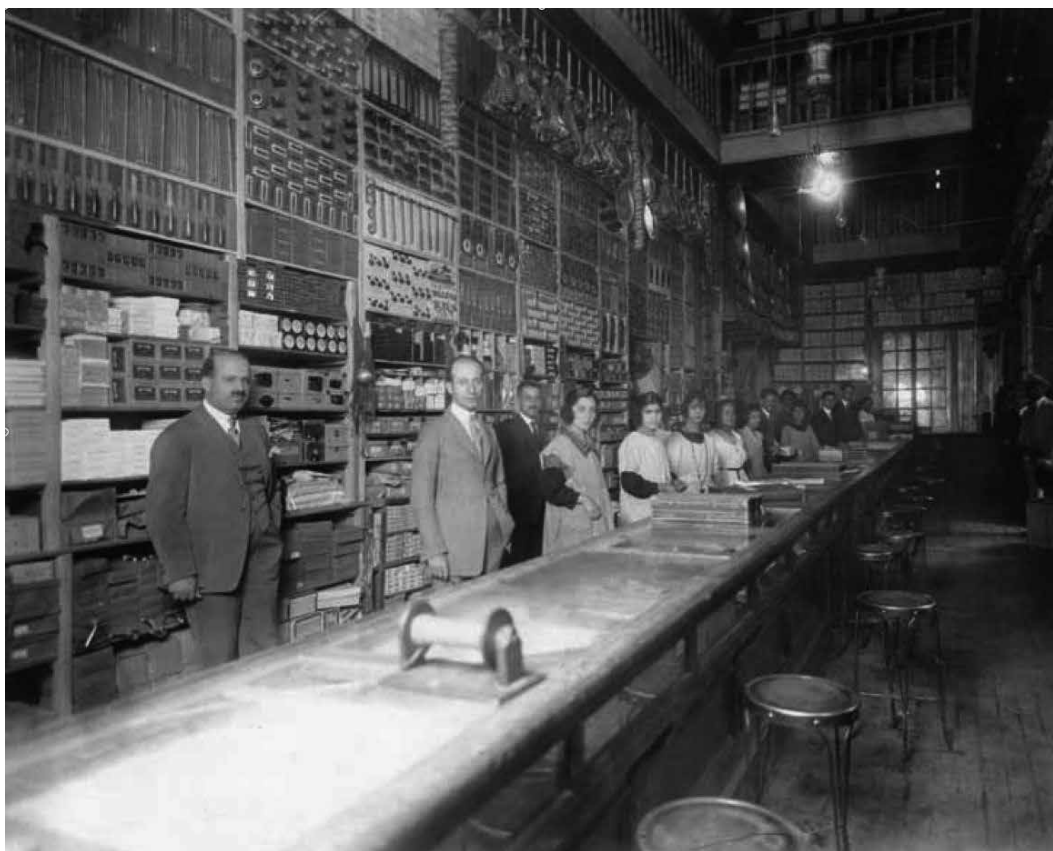


Figura 4. De izquierda a derecha, Julián Slim Haddad y Dib Barquet Tahtac, con el personal de La Estrella de Oriente, mercería en el Mercado del Volador, en el centro de la Ciudad de México en la década de 1920. Colección particular.

a sus hijos en colegios oficiales y de tal manera impregnándose hondamente de todo lo que es mexicano que en muchas familias de padres libaneses, los hijos nacidos en la república hablan solamente el idioma español.⁴⁰

Dos inmigrantes libaneses

Entre los muchos libaneses que desembarcaron en Veracruz en 1902, estaban, por un lado, Julián Slim Haddad, quien se desplazó a Tampico, en donde ya estaban establecidos sus cuatro

hermanos mayores; por su parte, tan pronto arribó, Dib Barquet Tahtac se dirigió a Zacatecas para reunirse con su hermana mayor.⁴¹

Los dos nacieron en familias acomodadas que buscaban evitar su ingreso a las filas de los ejércitos otomanos; en México ambos aprendieron de sus parientes el arte de vender. Un adolescente y un niño que ni en sueños entonces imaginaban llegarían a ser pilares de su comunidad. Aquí se conocieron y crecieron como empresarios y como hombres de familia.

El cuñado de Dib Barquet, de apellido Dipp, era dueño de una importante “tienda general”

⁴⁰ *Idem.*

⁴¹ *Idem.*

en el centro de la ciudad minera. Muy pronto colaboró en el almacén de su cuñado, de quien aprendió el oficio de vender. Durante la Revolución, partió a la capital y encontró trabajo en La Estrella de Oriente, en donde llegó a ser “brazo derecho y apoderado” del propietario de la empresa.

Kahlil (Julián) Slim Haddad desembarcó en Veracruz a los 14 años de edad, solo, para seguir a sus hermanos mayores, José, Elías, Carlos y Pedro, establecidos ya como comerciantes en Tampico desde 1896. En 1904 los cinco hermanos Slim se mudaron al centro de la Ciudad de México, en donde José y Julián fundaron la mercería La Estrella de Oriente.

Su proceso de adaptación a la cultura mexicana fue difícil, pero entusiasta. Zarpas del Mediterráneo y atravesar el Atlántico les tomó un par de meses, y no lo hicieron en primera clase; a su llegada, las costumbres desconocidas y la nueva comida, que enfrentaron de inmediato, fueron un desafío menor al que les representó el de la comunicación. Las dificultades idiomáticas empezaban con un alfabeto por completo diferente del suyo, pero que estudiaron y aprendieron.⁴²

A su llegada, en México imperaba un cierto espíritu de xenofilia. Pero, aun cuando las leyes migratorias favorecieran a los inmigrantes que se asimilaban a la nueva cultura, los indígenas eran marginados y discriminados, cosa que los asombró, y mucho.

Se dice que Antonio Letayf, nacido en Deir el Qamar, Líbano, en 1869, fue el primer inmigrante libanés que obtuvo la Carta de Naturalización mexicana, que firmó el presidente Porfirio Díaz en 1899. Fue también el primer libanés en casarse con una mexicana; con ella procreó al primer “mestizo” mexicano-libanés, Ernesto Letayf Bourge. A Antonio le siguieron muchísimos inmigrantes más en naturalizarse, la inmensa mayoría de los cuales pasarían el resto de su vida en México. En 1930, Dib Barquet y Julián Slim obtuvieron sus cartas. Ambos fueron asiduos patrocinadores de las asociacio-

nes de beneficencia, tanto libanesas como mexicanas. En 1910, en las fiestas del centenario de la Independencia, la comunidad libanesa regaló a esta capital el “Reloj Otomano”.⁴³

En 1921 Barquet y Slim donaron a la Ciudad de México el sistema de alumbrado eléctrico de la calle de Capuchinas —como se advierte en pequeñas bandas metálicas fijadas en los postes de luz—, cuando solamente las calles que hoy conocemos como Madero y 5 de Mayo contaban con un servicio similar.⁴⁴ Ambos hombres representan al empresario talentoso, que supo trabajar duro y ajustarse el cinturón para lograr el éxito.

Ejemplo claro de una relación entre emigrantes y empresas es la nomenclatura de sus negocios: La Estrella de Oriente, de Julián Slim, y La Mariposa de Oriente, de Pedro Slim, en la calle de Capuchinas; La Estrella Oriental, de Negib Buere, La Fenicia, de Wadih Shedid y La Palestina, de los hermanos Marcos, en Monterrey, Nuevo León; El Arca de Noé, de Domingo Kuri, en Veracruz, Veracruz, y La Estrella de Oriente, de Simón Haddad, en Teziutlán, Puebla; la Casa Chedraui es una empresa de más de 100 tiendas de autoservicio en Veracruz, otras ciudades del golfo y del sureste, la cual en la actualidad tiene sucursales en la capital del país. Éstos son algunos de los principales co-

⁴³ El llamado “Reloj otomano o turco” se localiza en la esquina que forman las calles de Bolívar (antes del Colegio de Niñas) y Venustiano Carranza (antes Capuchinas). El reloj fue donado a México por la colonia libanesa con motivo de las fiestas que conmemoraron el centenario de la Independencia de México. Fue construido por el ingeniero Gabriel Oropeza y desvelado por Enrique Creel de la Barra, ministro de Relaciones, en representación del general Porfirio Díaz, entonces presidente de la República, el 22 de septiembre de 1910. Carlos Martínez Assad, *La patria en el Paseo de la Reforma*, México, UNAM/FCE (serie Tezontle), 2005, pp. 33-98; *Álbum oficial del Comité Nacional de Comercio. 1er Centenario de la Independencia de México, 1810-1910*, pról. de Lorenzo Zubeldía, México, Gómez de la Fuente, 1910, ilustr.

⁴⁴ Carlos Martínez Assad, “La construcción de la identidad árabe de los libaneses y su visión de ‘el otro’”, en Raanan Rein (coord.), *Más allá del Medio Oriente: las diásporas judía y árabe en América Latina*, Madrid, Universidad de Granada, 2012, pp. 25-54.

⁴² Martha Díaz de Kuri y Lourdes Macluf, *op. cit.*; Patricia Jacobs Barquet, *op. cit.*

mercios fundados por inmigrantes libaneses en la República mexicana.

La Estrella de Oriente era una importante mercería ubicada en el Mercado del Volador, cuyas puertas abrían a la calle de Capuchinas, ahora Venustiano Carranza, en donde hoy se encuentra la Suprema Corte de Justicia de la Nación.⁴⁵ Asociados con un capital de 25 800 pesos, del que aportaron 50% cada uno, José (13 años mayor que Julián) y Julián compraron la tienda en 1904 y la nombraron así en honor a su lugar de origen; su hermano Pedro fundó La Mariposa de Oriente, a unos metros. En 1911 formalizaron la escritura de la misma y en mayo de 1914 don Julián, de 26 años de edad, le compró a José su 50% y quedó como único dueño del negocio. Un par de años después registró la marca: Gran Mercería la Estrella de Oriente, firma que renovó en 1919. Para 1920, el negocio ya tenía mercancía por un valor de 100 000 dólares. Para esas fechas, el éxito de su primera empresa había permitido a don Julián adquirir casi 20 propiedades en el centro de la ciudad.⁴⁶ La mercería se encontraba en un local con un techo bastante alto; había, a todo lo largo del local y detrás del mostrador —con bancos al frente para acomodar a los clientes—, estantería de madera llena de mercancía; al fondo de las instalaciones estaban los escritorios en los que don Julián dictaba cartas a su secretaria, quien las escribía a máquina con copia al carbón. Arriba, tras un barandal de madera, se almacenaba más mercancía.

En esos primeros tiempos, todo era importado: la mercancía llegaba a Veracruz en barco y de ahí la trasladaban en tren a la capital. Consistía en ligas, horquillas, peinetas y peines, hilos, alfileres y agujas, objetos de bisutería, botones, espejitos, estampas religiosas, lápices, tijeras, listones, encajes y cintas, telas, entre muchos otros artículos.

Los libaneses no se dedicaron a la venta de abarrotes, pues, como solían decir: “el mercado

de ultramarinos ¡ya es de los españoles!”, quienes, por cierto, vendían mayoreo y menudeo y surtían a toda la república; tenían clientes de Xochimilco, lo mismo que de Oaxaca, más los buhoneros —muchos libaneses—, que se surtían con aquéllos para sus viajes. Los españoles atendían personalmente al cliente con sus casi veinte empleados mexicanos, que mantuvieron su trabajo por muchos años; anunciaban esos negocios en revistas comunitarias y en algunos diarios capitalinos. Cerraban para salir a comer y no abrían los domingos.

En febrero de 1920, mientras don Julián estaba en un viaje de negocios a Chicago, recibió la noticia de la muerte de su hermano Pedro. Al volver a México pidió a mi abuelo Dib que fuera él quien tomara su lugar para comprar mercancía en Estados Unidos y Europa; durante el viaje, que se prolongó por casi 10 meses, envió a mi abuelo 39 cartas, de las que se desprende su experiencia y capacidad empresarial. Don Julián también escribió a los fabricantes con quienes tenía tratos para recomendarles que dieran toda clase de facilidades a su representante; mientras duraba el viaje, depositaba remesas en un Banco de Nueva York. Cito algunos fragmentos de las cartas a Dib Barquet:

Visite usted las fábricas, infórmese cuáles no tienen clientes en México y haga tratos con ellos solamente para evitar la competencia.

Consiga la mejor calidad al menor precio, recuerde que el que compra al contado es dueño de poner precio.

En breve le mandaré cartas para algunos fabricantes de Hamburgo y Suiza, recomendándolo para que los visite y compre. Espero sigas teniendo el éxito alcanzado en los Estados Unidos. Tu familia se encuentra perfectamente. Post-data: Muy pronto arreglaré crédito a tu favor por medio millón de francos.

Compadre, no tengas miedo. Obra con entera libertad confiando en que aceptaré todo lo que hagas porque te tengo toda mi confianza.

⁴⁵ Plaza del Volador. En el mismo lugar, en febrero de 1936, Lázaro Cárdenas colocó la primera piedra de la que habría de ser la sede de la Suprema Corte de Justicia.

⁴⁶ Archivo privado.

Procura vivir en un hotel mejor, comer bien y gastar “idem”. Felicidades.⁴⁷

Don Julián elaboró un reglamento para la tienda que denota su atención constante de las finanzas, con instrucciones precisas para su administración y manejo; algo que quizá fue una técnica pionera en la cultura empresarial de la época. La correspondencia será abierta por el jefe de la casa o quien haga sus veces y será entregada a la persona encargada de hacer la distribución de ella, bajo la forma siguiente:

1ª. Se pondrá a toda la correspondencia por medio de un sello, la fecha en que es recibida e inmediatamente se registrará en un libro especial, anotando además de la firma o razón social que la calza, un extracto de lo que cada carta trata, tal como conformidad, diferencias, faltas de mercancía, devoluciones, pagos, pedidos, solicitud de precios, llevando además un índice de la referida correspondencia por orden alfabético [...]

5ª. En los pedidos del día hay que tomar del tenedor de libros toda clase de datos relacionados con el comprador, tales como el crédito que se le puede conceder, referencias que existan, si el cliente es nuevo o viejo en la casa, importancia de sus compras, si fue puntual en sus pagos, etcétera. Y, finalmente, si tiene algún saldo pendiente, desde qué fecha, cuándo hizo su última compra, en qué tiempo y forma la liquidó, si acostumbra hacer frecuentes devoluciones y cuanto dato sea pertinente para formarse un juicio exacto del comprador [...]

7ª. Todo pedido autorizado para su despacho, deberá de quedar servido en el término de veinticuatro horas [...]

10ª Se hará una nota de todos los artículos faltantes en los pedidos y otra nota más de aquellos artículos que hayan variado de precio en sentido de alza o baja, para lla-

mar la atención del cliente sobre todos estos puntos.⁴⁸

Además de vocación y talento, la dedicación al trabajo dio a don Julián un dominio profundo de la actividad comercial. Y ya en la década de 1920 hablaba de que el comercio eficiente era aquel que vendía grandes volúmenes, con márgenes reducidos y con facilidades de pago, factores que rigen hoy a las tiendas de descuento. Sus valores empresariales están inscritos en algunos de sus lemas favoritos, como los que aparecen en un catálogo de los productos que tenía en venta. Cito:

Nos vamos sin nada; sólo podemos hacer las cosas en vida.

El dinero que sale de la empresa se evapora, por eso se deben reinvertir las utilidades.

Todos los tiempos son buenos para quienes saben trabajar y tienen con qué hacerlo.⁴⁹

La Estrella de Oriente se vio obligada a cerrar sus puertas, al igual que los demás locales del Mercado del Volador, cuando a finales de los años veinte el edificio fue requerido por las autoridades para construir ahí la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Don Julián abrió otro comercio en uno de sus edificios en Corregidora, y mi abuelo hizo lo mismo en uno de los suyos, en la calle de Uruguay.

Ambos inmigrantes tenían las bases fundamentales para sobrevivir: la energía para el trabajo, la capacidad para adaptarse a un medio ajeno y aprender un idioma desconocido, la paciencia y la tenacidad para lograr sus metas. Es a través de estas biografías que puede seguirse el itinerario de miles de libaneses que encontraron en el comercio la forma de encontrar la vida a la que aspiraron, trascender e integrarse a México, país al que siempre manifestaron su agradecimiento.

⁴⁷ *Idem.*

⁴⁸ *Idem.*

⁴⁹ *Idem.*